

12 (161-)

12 (28-)

BOLETIN

ACADEMIA CHILENA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA
E INTEGRANTE DEL INSTITUTO DE CHILE



66

SANTIAGO DE CHILE 1985
AÑO DEL CENTENARIO DE LA ACADEMIA

BOLETIN

ACADEMIA CHILENA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA
E INTEGRANTE DEL INSTITUTO DE CHILE



66

SANTIAGO DE CHILE 1985
AÑO DEL CENTENARIO DE LA ACADEMIA

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL JEFE
DE LA DELEGACION CHILENA AL
VIII CONGRESO DE ACADEMIAS, EN LIMA,
EN LA CEREMONIA INAUGURAL*

Discurso de
D. ROQUE ESTEBAN SCARPA

En el aire abribeño del Madrid de 1956, quedó una brisa mayor de soles, no porque la llevara consigo la última voz de gratitud que hubo de oírse en el Segundo Congreso de Academias, sino por la virtud de un verso de nuestro Vicente Huidobro. Impuso el azar que nadie pudiera distraer con otras palabras finales, las ajenas que quise pronunciar por significativas y con deleite de su sentido: "Os traigo un amor muy parecido al universo".

El amor nos invoca la idea de la salida nuestra hacia el otro; largo viaje que compromete todas las esencias del ser; abrazo que abarca una realidad precisa y su historia secreta con ansias vivas de la futura; un darse y un buscar el misterio y un recoger; el movimiento intenso y una quietud de éxtasis; un comprender y el desaprender lo que acumuló la rémora del hábito; cierto modo de vivir temporalmente en eternidad que no quiere ni debe contar el accidente del tiempo, y aunque se expresa dulcemente en el silencio con el signo de los ojos y goza la presencia y la adquiere con todos los sentidos, sabe que la palabra corona de modo perfecto, a lo humano, el alcance total de la comunicación. Y este amor que se entrega y busca la respuesta, dice el poeta que es muy parecido al universo, padeciendo su límite inmerso en su infinitud, mas sabiéndose casi nonada que lo revela, lo que expresa a conciencia y a tientas; hombre de la suma de hombres que le han precedido; recreador en su alma de posibilidades que no cesan, artesano de su acrecentamiento, en el afinarlas, orfebre. Y el poeta podía decirlo después de haber intentado ser un pequeño dios, de hacer florecer la rosa en el poema, de colmar los cielos de golonfinas y golonminas, y sentirse criatura de otra creación que había puesto en su voz una lengua exacta que permite que cada definición siga estremecida de un existir que no se somete a límite mortal. Los que le dieron ese lenguaje y lo integraron a una tierra a la que llegó, por línea larga, a nacer, tenían conciencia trascendente de su acto, más allá de imperfecciones y apetitos. En su "Historia General de las Indias", López de Gómara le expresa a don Carlos, su Emperador:

*VIII Congreso de Academias de la Lengua Española. Lima 20-27 abril de 1980. Academia Peruana de la Lengua.

“La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el Descubrimiento de Indias, y así las llaman Mundo Nuevo”. Y en rasgo de humildad, Cervantes de Salazar, usando los términos de Juanote Durán, denomina “Grande España” a todo lo que los españoles conquistaron y pusieron debajo de la corona real de Castilla. Que España comprendiera o no las culturas sobre las que cimentó su dominio no es asunto del momento. ¿Lo es acaso en otras aventuras de la historia contemporánea de los pueblos poderosos? Que hubo intentos de respeto, el mismo Gómara lo testimonia en esa preocupación “porque no se acabe la gente y el lenguaje de aquella isla”, refiriéndose a La Española. Lo que sí existió, marcado por la necesidad y la afición fue la integración paulatina de sangres, sin que abarcara la totalidad de unos y otros. Y la lengua que advino y la que persistió. Y la que tornando, llevó ese tesoro que no se consume en todo lo que había que nombrar nuevamente, porque quedando en tierra de Indias o en parcialidad llevado, era riqueza de sombra, de colores, que en el lenguaje reverdecía bajo el sol castellano, y podía expresarse nítidamente en los que llevando las dos sangres, como el Inca Garcilaso, podrían testimoniar, como en distintos fragmentos de sus poemas lo dejó escrito Pablo Neruda: “El Reino Muerto existe todavía...”. “Yo vengo a hablar por vuestra boca muerta...”. “Acudid a mis venas y a mi boca./ Hablad por mis palabras y mi sangre”.

El problema no reside en la coexistencia de lenguas con dignidad, ni en la renuncia a matices que enriquecen nuestro modo de decirnos y decir al mundo, ni en cerrarnos a no nombrar los prodigios que trae la invención científica o el desarrollo de algunas disciplinas, sino la bastardía que portan la desidia mental, la soberbia inconciencia, la adulación a la novedad con renuncia de la inteligencia, la prisa por ser de hoy en detrimento del mañana. Muchos son los que van, sin importarles, sin saberlo, contra la nobleza del lenguaje y su lucidez, su lógica profunda, su amor a la vida, que constituyen su historia y trascendencia. Conspiran quienes con saber altamente alquitarado, llevan y traen por las universidades y los liceos y los estratos elementales de la educación, fórmulas esotéricas por nombre de lo que no cambia, descarnan el lenguaje como si perteneciera a seres de otras esferas, deshumanizan la comprensión vitalizante de la literatura y son como Licenciados Cabra que exaltan el apetito, del saber en este caso, matándolo incluso en la esperanza.

Saber adventicio sin hombre dentro que no puede construir hombres ni comunicarles humanidad. Pero no sólo en la formación educacional se da este deshumanizarse, sino en la vida diaria los nuevos dioses se introducen con sus rostros arrogantes de seguridad por ese ojo luminoso que tienen las casas, que congrega a los niños y mayores porque les trae el mundo, lo novedoso del momento a su oscuridad, o esconden la faz y arrojan su rayo por las ondas del aire, no siempre con el ánimo de reconocer lo mejor sucedido o aquello que acrecienta la conciencia del hombre. Me agrada

recordar, por contrasentido, aquél milagro de una niña de aldea, huraña, descalza, que conversaba con los olivos de sus cerros rojos, maestra prematura por el pan de los suyos, que un día dio en lo que ella llama su “fiesta vespéral y nocturna” al encontrar que alguien le fiaba sus libros de buenas pastas y en ellos descubría un mundo que se le negaba, el mundo de antes y de entonces, el de Francia, el de Grecia y el de Lacio por la pluma cotidiana cordial y sabia de Michel de Montaigne. Con la lectura, toda la posibilidad humana de Lucila Godoy, pudo construir a esa previsora profética, mujer de pensamiento y pasión que se transformó con voluntad de Alonso Quijano en Gabriela Mistral, creadora de poesía personal con rodados de cordillera y ternuras de doncella, fundidora de un lenguaje vernáculo en lo culto, mientras escribía sus recados de amor a América, bajo los nombres de Sor Juana Inés de la Cruz, Teresa de la Parra, Victoria Ocampo, Esther de Cáceres, Francisco y Ventura García Calderón, Vasconcelos, Zaldumbide, Martí, por señalar algunos nombres. ¿Dónde encontramos ahora ese afán de lectura, el ansia de aventurarse por el corazón desconocido? Sequedad de lectura, noche oscura del alma, sin Dios que advenga ni importe a la honra de su criatura.

La crisis no reside en el lenguaje asediado, sino en el hombre que parece querer renunciar a su autenticidad. César Vallejo diría “sangre muerta de la sangre viva” por la que va tapiando los sentidos insensiblemente. Me gusta traer a la memoria lo que Hermann Hesse escribió en el prólogo de su “Demian”, en esas horas de confusión que tuvo el mundo después de la Primera Guerra mundial. Exaltó el carácter único, dado por una sola vez y para siempre, de cada hombre; la imposibilidad de que se repita ese ser, tal como es, como puede darse, y, por lo tanto, la peculiaridad íntima de cada acto de esta creación permanente con su carga de vocación o de destino, que puede ejercerse o traicionarse, en cada hombre, con merma o enriquecimiento de lo humano. Todos eran elegidos para constituir la plenitud y una terrible responsabilidad venía como herencia de los hijos de Adán. El hombre no se construye si no piensa con su libertad y, para pensar, necesita la palabra. La palabra con toda su potencia, su extensión, su hondura, su vivacidad recreada desde el alma, resucitada de entre la letra. La palabra en uno concuerda con la del prójimo sólo aproximadamente, porque al estar colmada de su vivir propio, nunca calza en exactitud con la experiencia ajena ni en el ímpetu del tono de su decir, que transparenta el instante del ánimo. Cuando definimos, señores académicos, dejamos en el diccionario “la forma de su huida”; pero, más allá del verso del poeta español, la necesidad del recobro de lo aparentemente desvanecido, de lo que duerme el sueño de la razón y es existencia pura nos espera para nuestra totalidad humana. Neruda nos retrata su juventud vestida de suficiencia, “orondo como un melancólico sapo”, dictaminando:

“Recibo
las palabras
directamente
del Sinaí bramante.
Reduciré
las formas a la alquimia.
Soy mago”.

Y agrega que el gran mago callaba, el “sistemático libro espeso”. Tiempo después, vencidas las prevenciones, con las necesidades del fuego más lúcido de la madurez, nunca tardíamente, por vía de la negación nos dice con el gozo de la nueva riqueza lo que el sistemático libro espeso, el diccionario, significaba:

“No eres
tumba, sepulcro, féretro,
túmulo, mausoleo”.

Ha descubierto ahora que es “preservación”, “fuego escondido”, “perpetuidad viviente de la esencia”, “granero del idioma”. Encuentra hermosura en el recoger la palabra de estirpe, “la severa olvidada sentencia, hija de España”,

“Preservada
con su hermosura exacta
o su dureza de medalla”,

o la otra palabra perdida entre renglones que “de pronto”, mágicamente, tantas veces vista sin reparar en ella, se hace

“...sabrosa y lisa en nuestra boca
como una almendra
o tierna como un higo”.

A los poetas jóvenes y soberbios de juventud que cuando suman dos más dos no son capaces de equivocarse, que retozan en su propio Sinaí bramante, les recomiendo la lectura de esta “Oda al diccionario”, escrita después de los “Veinte Poemas de Amor”, de “Residencia de la Tierra”, del “Canto General”. ¿No están la mayoría de los jóvenes y otros que se ilusionan de serlo, orondos, sin melancolía por su ignorancia del idioma que debía permitirles un real perfil humano de criaturas del Verbo? Termina Neruda diciendo:

“Diccionario, una mano
de tus mil manos, una
de tus mil esmeraldas,
una sola gota
de tus vertientes virginales,
un grano de tus
magnánimos graneros
en el momento
justo

a mis labios conduce,
al hilo de mi pluma,
a mi tintero.
De tu espesa y sonora
profundidad de selva
dame, cuando lo necesito
un solo trino, el lujo
de una abeja,
un fragmento caído
de tu antigua madera perfumada
por una eternidad de jazmineros,
una
sílabas,
un temblor, un sonido,
una semilla:
de tierra soy y con palabras canto”.

Con sonidos o letras, urdidos en palabras con significación que transfigura el polvo, el tiempo, que se está expresando. La oposición de lo material fugaz, invocado para la muerte, y el canto, hecho de fugacidades para permanecer, la establece el poeta como una agonía triunfal centrada en el hombre y el testimonio de su autenticidad por la palabra. El número exacto de vocablos capaces de ser vividos y de nacer de la espontaneidad de la memoria necesaria, disponible para la magia del acto. Las palabras justas que puedan decir no sólo al hombre y a su plural circunstancia en el tiempo, sino al otro, a los otros en él, a su centro e irradiación, a su soledad y la contrapartida de la compañía, a su comunicación y a su desesperanza. César Vallejo diría, allá por los años 38, que esto es una lucha.

“para que el individuo sea un hombre,
para que los señores sean hombres,
para que todo el mundo sea un hombre...”

Si Neruda expresa que la palabra con que canta es palabra de stirpe, el hombre César Vallejo, en lucha con las sombras feroces del mundo, actuará “ganando en español toda la tierra”, aunque luego no sepa “dónde poner su España,/ dónde ocultar su beso de orbe”, el amor muy parecido al universo en Huidobro.

“Ya va a vencer el día, ponte el alma”, nos dice Vallejo, un alma que ha de forjarse armadura con interior sensible para la lucha a que nos cita nuestra condición de hombres y de rehenes de la lengua en este Congreso de conciencias. He unido los nombres de Vallejo y de Neruda simbólicamente. Neruda, recuerda al autor de los versos de “Poemas Humanos”, en la soledad de su exilio en París, lejos de su Perú, “pecho del mundo,/ corona de las águilas...”:

“Tú
te quedabas
allí sujeto
a nada,
con tu vida
y tu muerte,
con tu arena
cayendo,
midiéndote
y vaciándote
en el aire,
en el humo,
en las callejas rotas
del invierno”.

Así también verá a nuestro O'Higgins:

“Te veo en el Perú escribiendo cartas.
No hay desterrado igual, mayor exilio.
Es toda la provincia desterrada”.

Se han exiliado de la tierra, y quizá ni de ella, porque la llevan en el gesto más descuidado, en el tono en que canta la palabra. Cada hecho en que se dan, transparenta la ausente:

“Yo todavía
compro 'du vin, du lait, comptant les sous',
bajo mi abrigo, para que no me vea mi alma,
bajo mi abrigo, aquél, querido Alfonso,
y bajo el rayo simple de la sien compuesta...”.

dirá Vallejo. Y en este transvasije de almas momentáneamente rechazadas por sus patrias, quiero recordar con justicia, en nuestro Chile, a Ciro Alegría escribiendo su mundo ancho y ajeno; a un Luis Seoane, moviendo el periodismo hacia nuevas formas; a un Luis Alberto Sánchez, trabajador incansable, espíritu curioso, documentado en numerosas disciplinas, recibiendo a un perfil delgado, a unos veinticuatro años hechos de esquinas y ángulos de prisa, con un volumen que le superaba en existencia, que le pesaba sobre sus manos, tomo soberbio donde había antologado, en 1938, lo mejor que de poesía religiosa habían escrito en España desde el Medioevo hasta esos días de guerra. Sus ojos en prisión de vidrio podrían haber mirado desoladamente, sin entender la relación posible entre dos pesos tan desequilibrados, pero el joven maestro tenía costumbre de trabajos mayores. Para breve plazo me despidió, que a la impaciencia parecía largo, pero, a su término, me tenía la buena nueva: podía sumar al magro ensayo de la ventiún años sobre Federico García Lorca y Rafael Alberti, esta espiritual suma poética, que antecedió en cuatro a la de Valbuena Prat y cerró un olvido de decenas de años españoles. Su previsión se cumplió. Antes de llegar 1940, la primera edición estaba agotada y vino la segunda, también en “Ercilla”, que Luis Alberto Sánchez orientó con intención americanista,

amplia y generosa, para bien de un tiempo que leyó mucho y supo romper las fronteras de la desunión espiritual de América y le debe madurez a su talento y a su trabajo.

Nada es más reconfortante que rendir homenaje público, para él inesperado, de una gratitud largamente debida, no sólo en el terreno personal sino en lo referente a lo mejor de una nación. ¿Y qué mayor circunstancia digna que ésta que prolonga la línea de continuidad de Ciudad de México, Madrid, Bogotá, Buenos Aires, Quito, Caracas, Santiago de Chile, en Lima? La tarea a que hemos sido convocados es interminable, incesante como la vida. Buscar el mantenimiento de la grandeza unidora de la lengua con el respeto de su esencia y de su complejidad necesaria. Si logramos adelantar una jornada, si asentar una verdad incommovible que permanezca, seremos imagen de mazorca emboscada, que, por debajo, ríe con dientes solares. Y se dirá de nuestra obra a lo largo de estos días limeños, lo que Neruda dibujó en sucesión de desarrollo y plenitud en su "Oda al Maíz" nutricio:

"El grano
adelantó una lanza verde,
la lanza verde se cubrió de oro
y engalanó la altura
del Perú con su pámpano amarillo".